

Quédate en la ventana

María Adelaida Echeverri Villa

A través del humo que desprende el cigarrillo apostado en sus labios, Ricardo observa las hojas secas del guayacán en la calle; las ve elevarse en amplias volteretas, descender hamacadas por el viento, formar corrillos que se arrastran para volver a levantarse en una nueva oleada y seguir infatigables, hasta perderse más allá de las casas donde el muro de un edificio interrumpe el horizonte. También mira la casa verde diagonal a su balcón: allí continúa ella, sentada cerca a la ventana sin sus cortinas blancas, con un triángulo de sol sobre el tejido que oculta sus piernas muertas y la cara atenta al camión de la mudanza. Las hojas tostadas del guayacán vuelan ante la ventana, golpean la pared cuarteada y se desploman como pájaros atontados. La casa se ve encogida, retraída, como si sus vecinas, altas y jóvenes, fueran a devorarla. Durante quince años, desde el balcón ha visto transformarse la arquitectura del barrio; las viejas construcciones ahora son edificios que contrastan con la casa verde, privada de cualquier remodelación. Las dos se parecen, la casa y ella. Como si hubieran nacido en la misma época y envejecieran juntas sin dejarse tocar por la modernidad. Diríase que viven su propio tiempo, ajeno al transcurrir del nuestro.

Ricardo siempre está en el mismo punto del balcón, pegado a la baranda bajo las hojas escuálidas de la palma y cerca de la mesa donde un cenicerito humea permanentemente, impregnando de alquitrán y nicotina la torre de libros que allí ha levantado. Las baldosas están curtidas en un trecho que se detiene cerca al barandal, marcando el recorrido de su aparatoso caminador, limitado por la mesa, la palma y la aralia, la jaula de los canarios y las campanitas de metal que

se descuelgan del techo, bamboleando su tonada. Desde allí figonea, a través de la persiana de hojas de la palma, las ventanas de la casa y el garaje, esa puerta corrediza que pocas veces se ha desplazado sobre sus rieles, con tanta avaricia que Ricardo sólo percibe, desde el balcón, la sombra de un carro que nunca ha visto salir de allí; entonces eleva las cejas, su frente se arruga y los ojos interrogan al tejido gris tendido sobre las piernas quietas de aquella mujer que se aferra a los brazos de la silla cuando se oye el chirrido del metal de la puerta. Cierra los ojos y las farolas de un carro lo iluminan, luego el golpe antes de caer sobre su propia sombra en el pavimento, los libros descuadernándose en el aire, el Volkswagen estrellado contra un árbol, los gritos de una mujer, su jean de muchacho empapado de sangre. Ahora son pantalones de paño y unas piernas que dejaron de trotar para convertirse en el apoyo de sus pasos con el caminador.

La palma aletea en su cuello, lo hace parpadear, levantar nuevamente las páginas pisadas por el cenicerito y releer, ahora que se acerca al final, el primer párrafo: *Desde el balcón, aquel 8 de septiembre, cuando esperaba el camión de la mudanza, vi el agua que se desprendía en delgadas hebras desde la regadera; los geranios en su maceta extendían las manos para recibir el baño; la mujer, de rasgos ligeramente orientales, que sostenía el jarrón de latón floreado, suspendió el movimiento de su brazo y dejó sus ojos sobre mí por un instante, una mirada aguda y en cierto modo marginadora que cortó de plano cualquier intento, cualquier inicio de un puente entre balcón y ventana. Un vaho cálido cubrió mi rostro humillado sin darme cuenta de que desde ese momento se gestaba en mí un desafío...*

Su madre ha sugerido modificar la distribución de la mesa y las materas —ancladas allí desde que llegaron—, incluso llevarlas a otro lugar, pero él no lo ha permitido. Desde otro ángulo no podría ver la casa, no hubiera podido correr las cortinas con sus ojos, caminar por el pasillo, entrar a las habitaciones y encontrar la historia que ahora casi termina. Si la silla no estuviera cerca a la baranda, tampoco podría apoyar en ella las manos cruzadas y sobre estas la barbilla, y los ojos no se le escaparían tras el balón de fútbol que los muchachos patean en la calle, y así creerse como entonces, con Carolina en la cancha, sus guayos de la suerte metiendo goles y Caro agitando la banderita blanca de estrellas rojas de Los Artilleros. Caro agitando la mano, despidiéndolo desde la puerta, mientras él cruzaba la avenida, los libros en la mano y el rostro iluminándose con la desgracia. Una hoja seca que cae sobre *Otras inquisiciones* lo distrae. Enciende otro cigarrillo, piensa en la ceguera de Borges y en el volumen de su obra. Mira el lápiz inmóvil sobre la libreta de apuntes y se pregunta por la utilidad de su vida. Cuántos años en una silla viendo correr historias en los libros, en el trecho de la calle que abarca su mirada, en el arrume de hojas que inunda de frases apresuradas creándose otro destino donde no ocurrió un accidente, donde él, cada día, muda de cuerpo y sale, después de recoger el periódico y pellizcar la mejilla de su madre, con las manos en los bolsillos, silbando satisfecho, para ser protagonista o espectador de relatos y firmarlos después con el seudónimo de Suárez que algunos de sus amigos ya han identificado.

Los tallos de los tulipanes del mantel quedaron entrelazados en los dedos inertes de Alma; no alcanzó a ver el resplandor que se apagó en el fondo de los ojos de Lorencita, ni la escalera en flor que Bernardo extendió sobre la mesa. En su rostro renació el gesto ingenuo que miraba los acróbatas y el mago del circo, mientras en la frente de Aníbal se marcaban los surcos que le aparecerían veinte años después. Lorencita retiró el cordón del cuello de Alma; con la



Ethel Gilmour. *Que la Virgen lo acompañe*. Óleo sobre tela. 114 x 125 cm. 1990-1991. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

llave en la mano y los ojos de Bernardo y Alicia escalando hasta los suyos, abrió la puerta. El lamento de la madera acusó con rabia los años de clausura. Se mezcló el olor a tabaco con el polvo, las telarañas temblaron con el aire nuevo, la mirada insomne de los muertos en los portarretratos brilló como si esperaran este momento. La cerradura del escaparate no se opuso al temblor de las manos de Lorencita, ni se inmutó cuando vio salir la caja de turrones de Alicante que Alma llenó de papeles membreteados. Minutos después, sólo quedó en la calle la estela del carro que partió deprisa.

Su libreta de apuntes rebosa bosquejos, posibles tramas, finales que intentan descifrar la mirada muda y discreta que a veces lo penetra como un dardo, dejándole en la piel el olor sombrío que esconde bajo el tejido. La ha llamado Lorencita. La ebria, la esquizofrénica, la asesina, murieron descuartizadas en el bote de basura; sobrevivió la escritora, quizá para sentirla más cercana y esperar que algún día, en el balcón, pueda leer lo que ella, a veces, escribe a lápiz en hojas blancas, en las tardes muertas que pasa

cerca a la ventana, mientras un par de mujeres con el pelo recogido como cebollas en la cima de sus cabezas la acompañan, las mismas que, temprano en la mañana, altas y envarilladas en sus faldas grisosas, la llevan a la iglesia de San Pablo, demorándose en los saludos de quienes encuentran a su paso. Poco salen, poco las visitan, enajenadas en su mundo de bordados y bifloras, desde donde oyen, circunspectas, el murmullo de la calle, al igual que Ricardo, vencido por los desniveles de las aceras, los perros, las preguntas inoportunas y las miradas deslizándose por los tubos metálicos del caminador hasta sus piernas balbuceantes.

Lorencita parece ignorar el mundo sumida en la escasa atmósfera que la rodea durante seis horas diarias: un sillón forrado en cretona, raído por el constante acomodo de su cadera inquieta cuando una palabra precisa la rehúye; una mesa-escritorio de poca altura, antigua mesa de cocina con la pintura blanca descascarada en sus patas torneadas, colmada de hojas; lápices mordidos durante prolongados instantes en los que su mirada se pierde en un punto fijo sin ver nada; un vaso que merma su contenido amarillento al mismo ritmo pausado con que fluye la escritura desde sus dedos deformados por la artritis; dos estanterías con pocos libros y un candelabro que enciende cuando la oscuridad apenas le permite ver.

Siempre ha sospechado que sus ojos oblicuos responden más a una actitud de fisgoneo que a rasgos antropológicos. Tal vez, también intenta descifrarlo; tal vez, también escribe una novela y él es su personaje. También él rehúye su mirada cuando la demora en el balcón, temeroso de que escudriñe sus pensamientos. La certeza de algo en común que los acerca y los distancia cruza sus pensamientos como si un agorero gato negro se atravesara entre sus pasos. Acercarse sería dejar de inventarse. Quizá por eso sus miradas se esquivan en un acuerdo tácito de sonrisas esporádicas, desvaneciendo el temor de convertirse en espejos, uno del otro.

Jamás pensó que alguien pudiera colarse por las rendijas de su soledad para hurgar su destino. Lorencita me odia. Aunque sólo abre las ventanas un rato en la mañana para regar sus flores, siente que mi mirada morbosa abre las puertas que ella asegura con candados y traspasa las telas pesadas de las cortinas, los muros carcomidos por el tiempo; que vigilo su respiración bajo las sábanas, sigo sus manos cuando desliza el jabón por su piel agostada, aspiró el aroma del café que deja en la mesa; que me asomo por encima de su hombro para leer lo que escribe, como una sombra persiguiendo los recuerdos que envejecen inmóviles, amarillentos y difusos, entre los marcos de madera y plata que penden de las paredes o se yerguen rígidos en las incontables mesitas y repisas que saturan las alcobas.

Repasa las fachadas de los edificios con el cansancio de haberlos mirado siempre, de haber descubierto lo que ocultan sus muros. Los rostros tras ellos están dibujados en sus relatos. Mujeres de tacón alto que cierran la cortina en el séptimo piso, el hombre en mangas de camisa que lucha con el televisor descompuesto, el muchacho del acné que alza pesas frente a un espejo, el niño obeso, la abuela sonámbula, el ladrón que se esfuma por calles que ya no conoce, encerrado, ajeno a las cabezas que se inclinan de lado dejando constancia de su lástima. Dos perros pelean en la calle, gruñen, se atacan. Ricardo le apuesta al cojo. La mujer en la ventana permanece impasible, aquietó sus manos sobre el tejido sorprendida por el sueño, por las hojas secas del guayacán que se asemejan a su rostro, indiferente a la marcha de las horas, sin volver su sonrisa ni sus ojos rasgados al balcón, como si presintiera que el final de Lorencita se acerca. El perro cojo se aleja victorioso en la carretilla de su dueño, con la pirámide de bolsas que le tocó del trasteo. Cuatro hombres continúan subiendo muebles al camión. Su madre asevera la construcción de un edificio nuevo, se queja del próximo polvo invadiéndolo todo y regresa, rezonando, a la cocina, dejándole en la mesa una naranja.



Ethel Gilmour. *Casa, carro y beca*. Óleo sobre tela. 87 x 108 cm. 1971. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

Alicia irrumpe cada dos horas sobre Lorencita, deja en el cuenco de su mano una gragea roja y le acerca un vaso de agua a los labios; luego, Lorencita afana el lápiz mordido sobre las hojas blancas, ya no se detiene a pensar en las palabras, el final de su novela fluye a la par del de su vida, lo presente. Quizá por eso, ahora me ignora. Ignora al hombre que, fiel a su silla bajo la palma con sus hojas de un verde inmortal, y que con sus ojos invencibles ha esperado la culminación, exudando la paciencia de la codicia, finalmente conocerá la tragedia que las inmovilizó en el tiempo, a ella y a su casa, porque Alicia...

Movimudanzas Ltda. en letras rojas y amarillas. Mientras los ojos achicados en la ven-

tana siguen las últimas cajas que suben al camión de mano en mano, los de Ricardo jadean. La casa encogida, desnuda, los dedos de Ricardo sólo se atreven a encender cigarrillos que se quedan colgándole en la boca; la mirada turbia da saltos por las páginas que le dobla el viento y, como si lloviera, se agazapa por momentos tras los hilos de agua para entrever la penumbra del garaje; no hay ningún carro blanco, ningún carro con las latas estripadas, desde donde una mujer grita mientras otros gritos se les acercan, a ella, a él, las manos de Caro retirándole el pelo de la frente, su rostro borrándose, su voz apagándose. Nunca quiso saber quién fue la mujer que los derribó a él y al árbol y

que luego le envió una nota amarrada a una orquídea blanca.

Hoy, Ricardo ha tomado más café del que acostumbra. Saber que se acerca al final de la novela —contrario a lo que debería sentir— lo desasosiega. Su vecina permanece enmarcada en la ventana, como un objeto olvidado. Una hoja amarilla rueda por su cara y se asienta sobre sus dedos entrelazados, otras más se han quedado prendidas de su suéter, bordadas por la brisa que intenta despertarla. Las hojas secas la sepultarían sin que ella se inmutara. Ricardo vuelve a la primera página, la mira de nuevo a ella, con los ojos inquietos del 8 de septiembre, cuando el pelo negro le caía en cadejos sobre los hombros. Suspira cerrando los ojos. El pelo negro de Carolina le roza la cara, los libros en el piso, las florecitas azules de la blusa rodando por los brazos, la mirada brillante que se fue opacando en las terapias inútiles que se robaron las horas de los encuentros y que fueron escondiendo sus hombros blancos hasta no verlos más. Apaga el cigarrillo y enciende otro, la garganta le arde igual que el deseo de prolongar las páginas, como si la presencia de la vecina dependiera de Lorencita.

Entre sus libros se asoma Virginia Woolf, un clip marca una página, un óvalo rojo encierra un fragmento: “El tiempo, que es un soleado prado en el que baila una luz, el tiempo, que es tan ancho y llano como un campo al mediodía, comienza a formar una pendiente. El tiempo se adelgaza hasta formar un punto. Del mismo modo que la gota cae del vaso con un denso sedimento, cae el tiempo. Éstos son los verdaderos acontecimientos. Entonces, como si toda la luminosidad de la atmósfera se retirara, veo el fondo desnudo. Veo lo que las costumbres ocultan”. Entonces, como si alguien lo golpeará en la espalda, aferra la última hoja del arrume:

... contiene un grito y desgaja una rama de la palma. Por su mente se cruza la certeza de que Lorenci-

ta no volverá. Ve derrumbarse la casa revestida de abandono por el polvo y el moho que se apoderaron de sus paredes. Las tórtolas huyen de los árboles con un vuelo atolondrado; cabezas curiosas se asoman para ver caer las puertas entre el rechinar de sus bisagras; corren cucarachas y ratones sobre ladrillos destrozados; a tientas vuelan los murciélagos que escapan de las tejas que se ven venir abajo, mientras los parales del techo comienzan a desplomarse. La vajilla de porcelana y los espejos crujen frente a los rostros sonrientes que van perdiendo sus marcos y el carácter de recuerdo de familia. Los libros, confundidos con los trozos de madera, dan un salto después de su caída como si quisieran evitar quedar sepultos. Y las cortinas vuelan en jirones llevándose la historia...

... llevándose la historia... Sus manos se agitan y se agitan las hojas atiborradas sobre la mesa. Vuelve su madre con otro café, se apean los niños del bus escolar con voces escandalosas, husmean como perros el camión de la mudanza y se alejan indiferentes. Ricardo apaga con violencia el cigarrillo, la mujer le sonríe desde su ventana sin cortinas. Una sonrisa triste, tan extasiada en sus labios que se atenuaron los años de su piel, de su pelo, de los muros verdes de la casa. “El tiempo, que es un soleado prado en el que baila la luz, el tiempo, que es tan ancho y llano como un campo al mediodía...”, aún no comienza a formar la pendiente —se dice en voz alta—, todavía queda tiempo, puedo darle otro giro a la historia, quizá si Lorencita... Y en sus ojos se dibuja un ruego: quédate en la ventana.

María Adelaida Echeverri Villa es cuentista y odontóloga de la Universidad de Antioquia. Sus cuentos han sido incluidos en diversas antologías literarias. El cuento aquí publicado hace parte del libro homónimo *Quédate en la ventana* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2010).